



DIRECTORA

La Serenísimá Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

NÚM. 24

Salamanca 15 de Diciembre de 1907

AÑO II

MARÍA INMACULADA



El Omnipotenté, que había esparcido con mano dadivosa sobre los seres de la creación fulgores de su soberanía y belleza, quiso como resumir todas las grandezas de los esplendores celestes en una criatura privilegiada y santa, que predestinó desde el principio de los tiempos para Madre de su Hijo encarnado, sobre María Inmaculada, más bella y graciosa, que todas las hijas del Señor. Diríase que el eterno Esposo, atraído por el aroma del incienso, que embalsamaba aquel templo de humildad y de pureza, sentía complacencia en ocuparse de la belleza de su amada y para su frente crió las estrellas, y para rodearla el sol, é hizo la luna para que de escabel le sirviera y dió su color al firmamento para engalanarla y vestirla y, como compendio inefable de sus amores dignos, se impuso el deber de hacerla Madre del Verbo encarnado.

En el plan divino de la Redención, una mujer, Virgen y

Madre, había de cooperar como corredentora á la obra de salud; al decretar la Trinidad beatísima la venida del Verbo, quiso que apareciera sobre las regiones de la tierra humilde y pobre, revestido de la humana naturaleza y nacido de mujer, *natus ex Maria Virgine*, que como todas las madres había de estrechar contra su pecho y colmar de tiernas y amorosas caricias al Hijo del Eterno. ¡Y cómo no había de colmar el cielo de ricos tesoros de sabiduría y prudencia, de santidad y justicia de purísima, fragante belleza el espíritu de la elegida entre las hijas de Sión, que el Padre llamaría Hija y el Hijo Madre y el Espíritu Santo Esposa!

El Evangelio no nos dice otra cosa al describir los dones y prerrogativas de María, sino que es "llena de gracia," y que el Todopoderoso obró en ella "grandes y portentosas maravillas," como si quisiera dejar á la intuición y al amor de los creyentes el entrever los nimbos misteriosos é inmaculados que circundan á la sierva humilde del Señor; y la piedad y el amor de los espíritus marianos, de acuerdo con la tradición católica y la tesis de los grandes teólogos, que vino á sancionar la definición solemne y dogmática del Pontífice infalible, la dicen inmaculada y pura desde el primer instante de su concepción, y afirman y creen que Dios prodigó á María todas las bellezas y armonías de un alma sin tacha, de un corazón purísimo, de un cuerpo virginal y santo y que en toda su persona brillan y resplandecen los fulgores de las más admirables y sublimes perfecciones.

Aquellas enemistades, que Dios, en los albores de la humanidad, puso entre el demonio y la mujer, entre la serpiente y María y sus descendencias, eran eternas, irreconciliables, absolutas; ni por un momento la mácula del pecado podía empañar el brillo inmaculado de la hermosura de la Virgen, y ni en el acto de su concepción era dable que apareciera María esclava del demonio, sino *tota pulchra*, radiante de nítida pureza, inmaculada y santa, vencedora y reina llena de gracia. El Señor pudo enriquecer con tan singular carisma á su amada Madre y por privilegio insigne preservarla de la mancha hereditaria del pecado original... pudo y quiso, exclama un ingenio peregrino de la Teología católica, luego lo hizo.

Y la Madre de aquel que era el más hermoso entre los hijos de los hombres, fué también la más graciosa y esbelta en-

tre las hijas de Adán, y el cielo se complace en reunir en tan soberana criatura todas las bellezas de la creación y la hace más dulce que la rosa, más suave que las flores, más majestuosa que los astros y sus armonías más puras que los espíritus celestes, más santa y más perfecta que los elegidos del Señor. Todo palidece y se eclipsa ante los fulgores radiantes de la pureza sin igual de María Inmaculada, y extáticas las generaciones, á los pies de su adorable imagen, envuelta en el aroma de las flores más regaladas que se crían en los jardines del cielo y en los pensiles de la tierra, balbucean con San Juan Crisóstomo: “¿Dónde encontrar nada más soberano y bello que la Purísima Virgen, Madre de Dios? Ella compendia todas las grandezas de los cielos y de la tierra. ¿Quién más santa y pura que María? A buen seguro que ni los profetas, ni los mártires, ni los patriarcas, ni los ángeles, ni los querubines, ni los serafines... no hay criatura entre los seres visibles é invisibles que la iguale.”

Y no es maravilla que los autores inspirados, al contemplarla en el porvenir de los siglos, clamaran y dijeran: “Vistosa en hermosura se derramó la gracia en tus labios, por esto te bendijo Dios para siempre.” “Con tu belleza y tu hermosura en ristra, marcha con prosperidad y reina.” “Como el lirio entre las espinas de los campos, así es mi amada entre las hijas de Adán.” “Toda eres hermosa, amada mía, y mancha no hay en tí.”

Como no es de admirar que la Iglesia santa, prosternada á los pies de su Reina, agote los términos de las alabanzas más excelsas para honrarla dignamente, cuando le dice: “¡Oh Bienaventurada María, Madre de Dios, Virgen purísima desde el primer instante de tu Concepción Inmaculada, santuario del Espíritu Santo, por un privilegio sin ejemplo, tú sola apareces acepta á los ojos del Señor!,” Tú sola eres hermosa y santa, inmaculada y pura y bendita entre todas las criaturas.

GONZALO SANZ.





AVE MARIS STELLA

¡Ave! Dios por los siglos te bendiga,
Estrella de la mar, Flor de las flores.
¡Ave! Dios acumule en tus albores
las gracias todas, que en su edén espiga.

Aquí postrado en la imponente nave
que inunda como alud la muchedumbre,
deja, oh María, que mi fe se encumbre
para decirte en sus requiebros: ¡Ave!

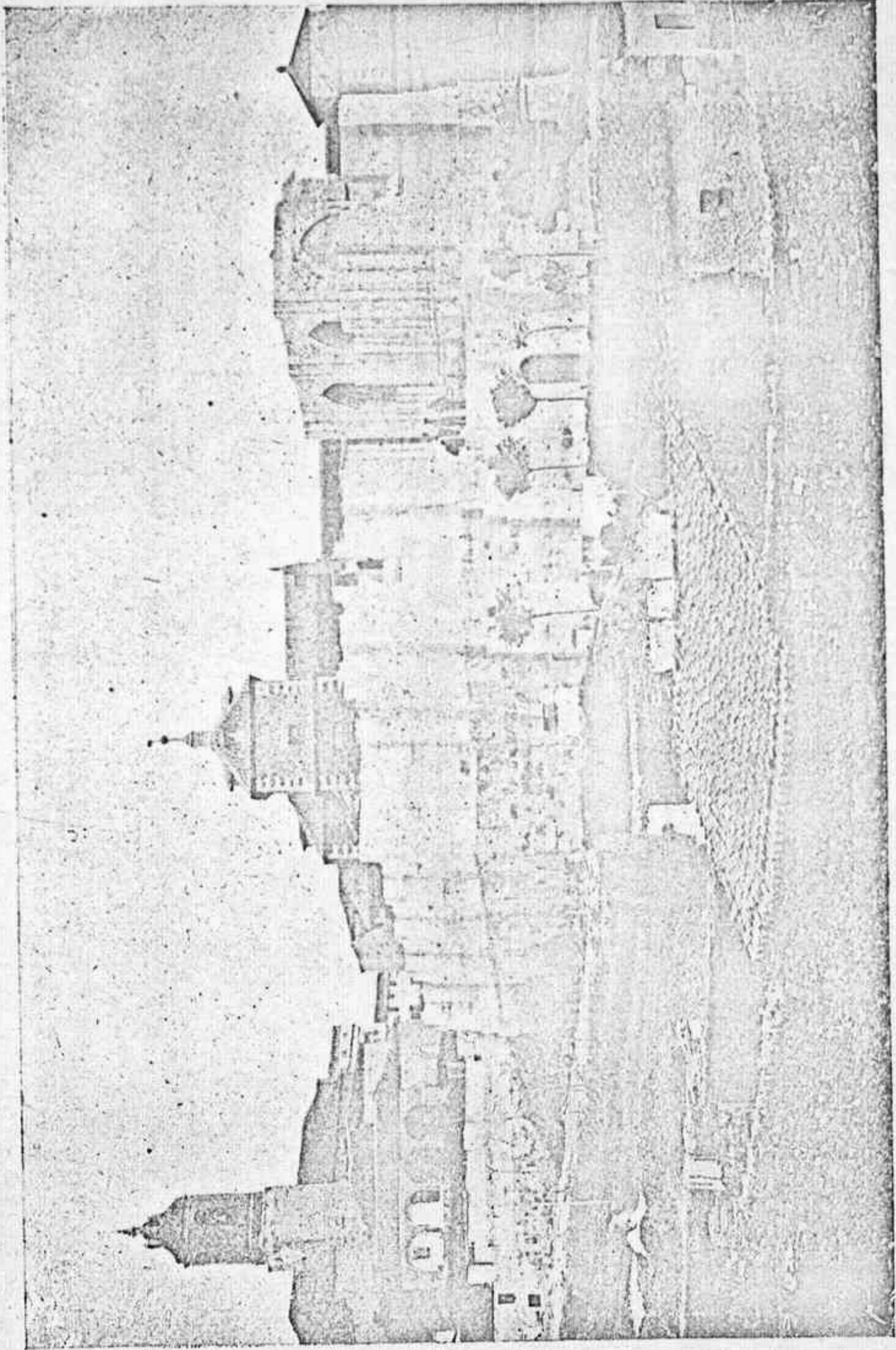
Porque yo también, Madre, como el niño
sé balbucir vagidos de alabanza;
yo también sé engastar una esperanza
en el símbolo tierno de un cariño.

Yo también sé admirar los embelesos
de tu inefable y peregrino encanto,
cuando despliegas onduloso el manto
con mil florones que provocan besos.

¡Ave! Tú eres la Virgen sin mancilla,
Madre del Hombre Dios que nos redime;
Tú eres la Puerta mística y sublime
que en los palacios de Olimpo brilla.

Si el arcángel, heraldo de ventura,
sobre la absorta humanidad te eleva,
y te proclama entre las hijas de Eva
la más gentil, encantadora y pura;

Vuelve á mi faz tus cristalinos ojos,
raudales de candor y de sosiego.



Vista general del estado de las obras de la Basílica.

Libra al esclavo, presta luz al ciego,
cambia en rosas fragantes los abrojos.

—
Cuando en castos preludios de alegría
que anuncian la armoniosa catarata,
el órgano en cien gamas se desata
como una tempestad de melodía;

—
Cuando al rítmico són de los violines
más dulces que el gemir de la paloma,
parece que entre ráfagas de aroma
se oyen alas de blancos serafines;

—
Cuando el melífluo acento de los niños
dilata en el santuario sus rumores
y hace de gozo titilar las flores
bajo el colgante pabellón de armiños;

—
Cuando la orquesta fragorosa estalla
en notas, mitad trueno, mitad risa,
que funden el murmullo de la brisa
con el áspero horror de la batalla;

—
Quien entonces extático de hinojos
te mire en el altar bella y radiante,
hecho un sol de esplendores tu semblante,
hechos dos perlas de zafir tus ojos;

—
Quien contemple arrobado cómo subes
entre coros de arcángeles que giran,
impulsada por águilas que tiran
en tu carroza olímpica de nubes;

—
¡Ay! ¿Cómo no ha de hundir la humilde frente
sobre el lustroso brocatel del piso,
soñando en su nostalgia un paraíso,
que embelesado el corazón presiente?

—
¿Cómo no ha de invocarte en la refriega,
y náufrago en las rocas de la sirte
el «Muestra que eres madre» repetirte
con la grandiosa inspiración de Aldega?

—
Sí; muestra que eres madre del consuelo;
y ofrece con tu palma salvadora
la lágrima del huérfano que llora
al Dios que en tu sagrario hizo su cielo.

—

Tú, Virgen singular; tú, la Escogida,
como la hermosa Ester, por casta y buena,
quebranta el eslabón de mi cadena
y embriágame en el néctar de la vida.

—
Que intacta, como el ampo de la nieve,
refluya mi existencia á su destino;
Que libre del mundano torbellino
á la soñada Promisión me eleve.

—
Que el alma pura en tu regazo suave
despierte á la alborada de la gloria;
y que unida á tu corte de victoria
te cante entre los ángeles el ¡Ave!

—
¡Ave, mil veces! Satanás protervo
ruge aplastado por tu nivea planta.
¡Ave, Custodia fiel de la Hostia santa!
¡Ave, Estrella del mar, Madre del Verbo!

—
La tierra, el cielo, hasta el abismo mudo
prorrumpe en bendiciones de alegría.
Perdido entre sus ecos, oh María,
yo también con un beso te saludo.

ADO SPE.





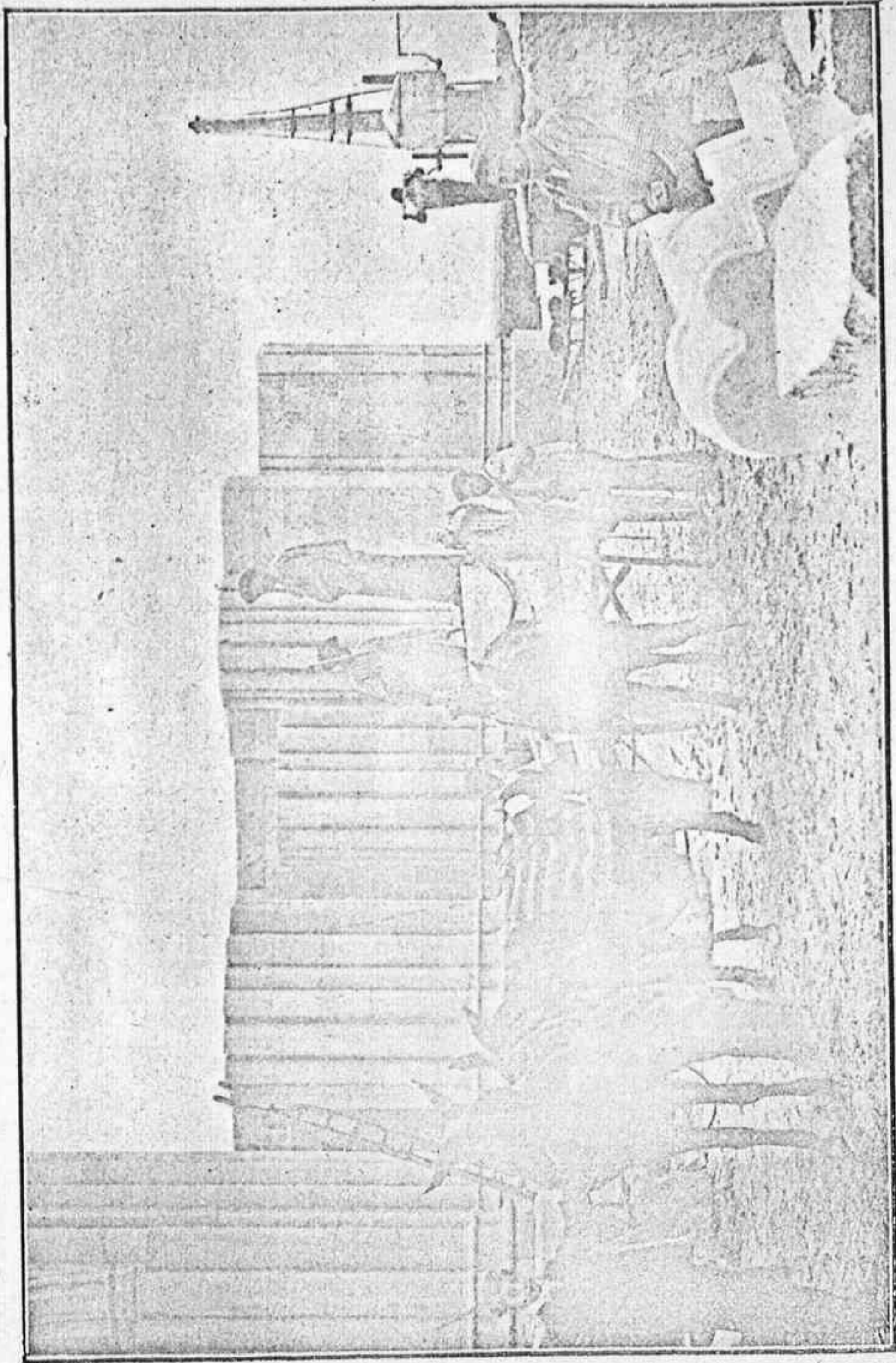
FILOSOFÍA TERESIANA

DECÍA en el artículo anterior, que las obras de Santa Teresa abundan en pensamientos filosóficos; y con decir así, ya se entiende que no pretendo de la *Mística* Doctora un filósofo á lo Aristóteles, Santo Tomás ó Suárez, bien convencido, á que en sus propósitos jamás apareció el de escribir un *tratado de filosofía*.

Esto, sin embargo, no quita nada al pensamiento, que sirve de enunciado á los artículos, ni arranca joya alguna á la diadema de Doctora, ni mengua en un ápice la soberana nombradía de Santa Teresa de Jesús, porque es parecer mío, y de otros escritores ilustres (á los que yo no pertenezco), que no está la grandeza de la Santa, ni en la Filosofía, ni en la Teología, ni en la Moral, en lo que tienen de *ciencia*; ni son otra cosa en las obras de la Santa, que fundamento á la Mística, tan admirablemente sentida y escrita en sus impercederas *Moradas*.

Fuera errar evidentemente, si buscáramos su hermosura, su grandeza en otro sitio, que no fueran los campos de la contemplación, del más subido misticismo; lo que más espanta es, cómo Santa Teresa pudo adquirir perfecto conocimiento, de lo que por ser tan sutil y elevado, como la Psicología, trae revueltos á todos los ingenios, que se tienen por algo en estos días de *tiesuras* filosóficas; porque yo no sé, ni en sus escritos lo he visto, ni sus biógrafos dicen, que ella tuviera en sus manos otros libros, si no fueron el propio de rezar y algunos piadosos, para cumplir obligaciones del estado.

Así es, que jamás creería yo, aunque me lo dijera el más autorizado de los hombres (si tal dijera), que no fué Santa



En las obras de la Basílica.—Descargando materiales.

Teresa de Jesús uno de los ingenios más nobles, más ilustres, más gigantes del siglo xvi.

Y ya que hablamos de *Filosofía Teresiana*, será bueno comenzar analizando el espíritu de la Santa, de manera que averigüemos, si en ella y en sus obras se cumple el significado de la palabra *Filosofía*, que, según el griego, tanto vale como *amar la sabiduría*, porque sin este requisito, todo sería andar por las ramas y sacando agua donde no hay manantial.

No puede ser filósofo el que no sea amante de la sabiduría. Y es necesario notar, que la significación griega *sabiduría*, no es la misma que *ciencia*, por cuanto la sabiduría busca la razón de las verdades, mientras que la ciencia no hace más que unir las, darles cuerpo de doctrina; por eso puede suceder que sean *científicos* los hombres sin merecer el nombre de *sabios*, como en los días que vivimos: los sabios son contados, científicos hay más.

De Santa Teresa puede decirse con verdad, que fué amante de la sabiduría; y si alguno no creyere en palabras de articulistas, puede tomar en las manos cualquiera de sus libros, leer después con recta intención aquellos pensamientos y verá que sucede cosa curiosa con aquellas palabras y pensamientos, pues conforme va pasando la vista sobre los renglones, para trasladarlos á la imaginación, de la imaginación á la inteligencia, se ve sorprendido con la aparición de una sola idea en la mente, un solo sentimiento en el corazón, idea que la mente guarda para sí en estas palabras: *cuánto sabe esta mujer*; sentimiento que se transfigura en esta frase: *mucho amaba esta Santa*; amor y saber, que sin él pretenderlo, forman una síntesis admirable en el espíritu, cuando afirma resuelto de Santa Teresa: "no hay duda, fué amante de la sabiduría".

Ahora digo que, leyendo á Santa Teresa, ocurre en nuestro espíritu algo parecido á lo que acontece á un observador al acercarse á una fuente de puras y cristalinas aguas; y es que, según repara en ellas, descubre en el fondo muchas hermosuras; la transparencia de las aguas, el oro de las arenas, el azul de los cielos, las flores de la orilla, tan lindamente copiadas, que sin duda parecen á su fantasía, más que copia de las aguas, bellezas de la realidad; y harto será que no tenga por ganancia en hermosura, aquel *no sé qué* misterioso que las aguas prestaron al traslado; y nadie se atreverá á decir que

no sea aquella la claridad de las aguas, el colorido de las arenas, lo azulado de los cielos, los pétalos de las flores, porque si alguno fuera tan atrevido, que pretendiera deshacer el convencimiento, habría que mirarle primero de arriba abajo, detener después en él la vista un momento, y últimamente volver el rostro para decir entre dientes: está loco.

No sé si será en todo ajustada la comparación, pero ella declara bien lo que quiero decir y lo que realmente sucede con las obras de Santa Teresa; pues conforme pasan los ojos sobre las páginas de sus obras, aparece y se retrata su alma en nuestra alma, su fisonomía personal, su inteligencia, su corazón, de manera tan clara, tan limpia, que fuera necesario cerrar los ojos, para no ver la transparencia de sus ideas, las flores de sus virtudes, el cielo de su verdad. Y es tan arraigado el convencimiento de aquellas hermosuras, de aquellas grandezas de la Santa, retratadas en nuestro espíritu, que las peroratas de los impíos no servirían de otra cosa, sino para afianzarnos más en el propio convencimiento. La razón es clara y oportuna, porque si en las obras hay grandezas, hermosuras; hermosuras y grandezas del alma, de la inteligencia, de la verdad, del corazón, es indiscutible que aquella inteligencia *sabía*, aquel corazón *amaba*, y la inteligencia y el corazón que *saben* y *aman* suponen un sujeto, una personalidad amante de la sabiduría.

El hombre no es la inteligencia ni es el corazón, sino la inteligencia y el corazón unidos, representantes del cuerpo y del espíritu, del sentido y de la idea, los cuales en Teresa de Jesús aparecen como dos abrazados gigantes á la entrada misma de sus obras.

En una carta de Santa Teresa encontré unas palabras, que vienen á propósito para definir su espíritu en lo que se refiere á estudios, profesores y estudiantes, es decir, en lo tocante á sabiduría, verdad, ciencia, idea, inteligencia, ya que el profesor no es otra cosa, como profesor, sino inteligencia que enseña ciencia, verdad, sabiduría, ideas, que aprende el estudiante.

Lo que hoy es parroquia de Santo Tomé con sus alrededores, fué un día propiedad de D. Gonzalo de Monroy, de familia muy famosa en Salamanca. Se entendieron con él los Frailes Descalzos, y se la arrendaron para ellos y sus estudiantes mientras terminaban las obras en el Hospital de San

Lázaro, que serviría en adelante para convento-colegio de los Descalzos.

Ana de la Encarnación, Priora de las Carmelitas, había puesto los ojos en la casa de los Descalzos, y apuraba al Prior, Fray Agustín de los Angeles, para que adelantara el traslado. Quiso el Prior complacerla. Así, antes de que terminaran completamente las obras, determinaría pasar al nuevo Colegio de San Lázaro.

Lo escribió Ana de la Encarnación á Santa Teresa, la que en afectuosa carta, entre otras cosas, le dice: "Salirse de la casa los estudiantes, y pasarse á la nueva de San Lázaro es para matarlos; y más importa que los estudiantes estén acomodados, que no las monjas tengan tan gran casa". ¿Por qué tanto cuidado de los estudiantes? ¿Qué dicen estas palabras de Santa Teresa? Que la Santa miraba en los estudiantes la inteligencia, la idea, la verdad, la ciencia, la sabiduría, por eso muestra con ellos tanto amor; porque sabe que peligra la salud de ellos en la nueva casa, y no son á propósito para el saber las almas enfermizas. Quiere salud, vida, inteligencia que discurra, que estudie, que irradie con sus fulgores en el cielo del bien y del saber.

Pretende para todos, de lo que estaba llena su alma, de amor á la sabiduría.

TOMÁS VICENTE DEL ARCO.





EL SANTO DESIERTO CARMELITA DE SAN JOSÉ DEL MONTE

EN EL VALLE DE LAS BATUECAS

DESCRIPCIÓN, HISTORIA, LEYENDAS Y TRADICIONES

(Continuación)



PASADO algún tiempo, quedó concluido el monasterio Casa-Desierto, cuya descripción, harto complicada, vamos á comenzar.

Bajando por el Portillo de La Alberca, camino habitual para descender á Batuecas, y después de casi dos leguas de marcha, se llega á la primera cerca ó cerca exterior, pared de fuerte mampostería con cal, de doce pies de altura y casi legua y media de contorno, como que dentro guarda jardines, paseos, huerta, plazuelas con fuentes, un olivar con 8.000 pies, parte de las montañas con grandes bosques de variados árboles como cedros, pinos, cipreses, tejos, castaños, alcornoques, robles, encinas, nogales, enebros, quejigos, alerces, mestos, avellanos, madroños, cerezos, ciruelos, perales, y otros varios frutales; vides, hasta de Engadi, traídas de Palestina por los Padres y dos solitarias palmeras, abundando entre los arbustos las jaras, de grato olor, los brezos de moradas flores, los mirtos, jazmines, bojés, arrayanes, diversas especies de retama y helechos arborescentes, etc.

En medio de esta exuberante y asombrosa vegetación, se ve levantarse el solitario y melancólico templo, cuyas pardas y verdosas tintas se confunden con las del follaje de los árboles que le rodean y que pugnan por sobrepajar en altura á la flecha que corona su sombría cúpula.

Llegados á la cerca, se pasa el impetuoso arroyo de la Viña, que lame sus paredes, por un puentecillo de piedra que da acceso á la entrada, á cuya izquierda se levanta una copuda y milenaria encina. El ingreso está á la parte oriental, aguas abajo del río, dejando á la derecha el camino del Portillo, y se compone de un arco de quince pies de fondo por diez de ancho, de bastante capacidad para resguardar á varias personas del temporal mientras se les franquea la entrada. Sobre él se levanta una espadaña, en cuyo medio hay una hornacina con una estatua de piedra de San José y en la parte superior un ventanal con una campana, que sirve para que el viajero anuncie su llegada al santo Desierto, cuya enmohecida cadena colgaba dentro del ancho portalillo, formado por el grueso del arco de entrada (1).

Casi un cuarto de hora transcurría desde que el viajero llamaba hasta que abrían la puerta, después de descorrer multitud de cerrojos y abrir las cerraduras, á cuyo ruido seguía el de la pesada y férrea puerta al girar sobre sus oxidados goznes.

No puede describirse, era necesario experimentarla, la profunda impresión que producía en el ánimo del que visitaba este Desierto, cuando estaba habitado por los Carmelitas; al abrirse aquella puerta y presentar de repente ante los ojos aquel encantado verjel encerrado en el fondo de ásperas montañas, sustentando una vegetación admirable, aquel terreno desigual que le da un carácter vario y singular, ofreciendo un paisaje que engaña la vista y la recrea con tanta variedad de colinas, peñascos y cascadas, que contrastan raramente con los matices y colores de la multitud de flores y diferentes especies de los árboles que por todas partes crecen.

“El arte más exquisito en la creación de sus admirables jardines, no alcanza á otra cosa que á imitar las agrestes bellezas y encantos de este solitario yermo,, (2).

El ingreso es una hermosa calle bien empizarrada, de doce

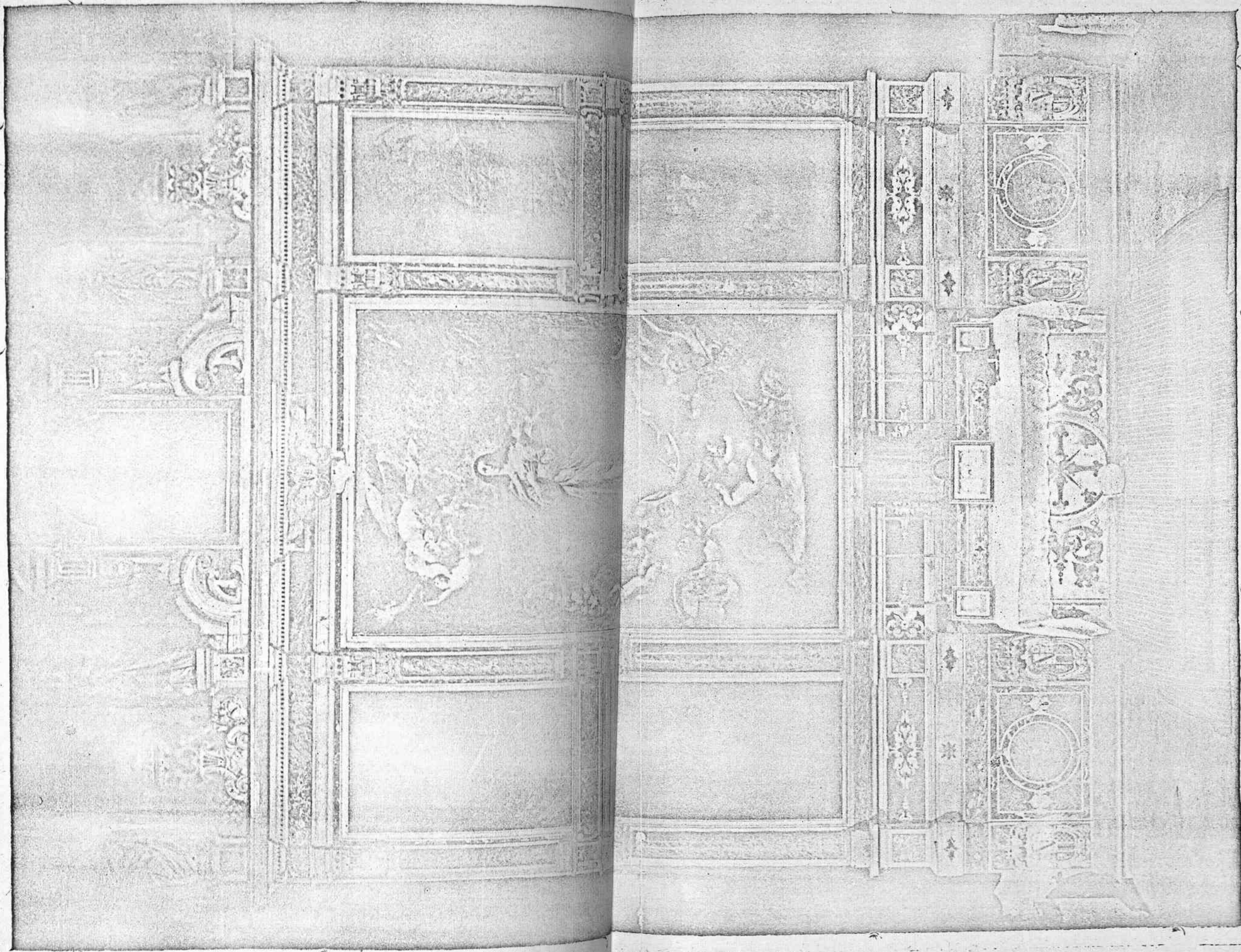
(1) Antes de construirse esta espadaña estaba la campana enejada en lo alto de un frondoso y copudo alcornoque, según lo refiere Fr. Antonio de Yepes en su *Crónica de San Benito*, tomo V, folio 311, Valladolid 1615; á quien también cita D. Isidro María Cuadrado en su tomo de *Salamanca, Avila y Segovia*, página 250, Barcelona 1884.

(2) D. José María Cuadrado, *Salamanca, Avila y Segovia*, Barcelona 1884.

pies de ancha por más de ochocientos de larga, orillada de dos hileras de magníficos y copudos castaños, enlazados entre sí por guarniciones de tupido boj recortado, que forman á trechos arcos que dan salida á derecha é izquierda, y preservadas del roce por pequeña pared de mampostería. Esta calle lleva el nombre de los Castaños. Á la derecha se hallan las capillas de los Apóstoles Pedro y Pablo y de San José; detrás de ésta la levantada en el sitio en que tomaron posesión del valle los Carmelitas, y entre las de San Pablo y San Pedro, la fuente de los Castaños, la segunda en construcción y caudal, pues la forma un pedestal redondo que termina en una roseta de bronce, por donde sale el agua en forma de quitasol, cayendo en dos conchas de piedra que arrancan del pedestal y á su vez la derraman en hermoso pilar de granito. Por la parte Norte que da á la campiña, tienen un semicírculo de asientos de piedra, respaldados de medias lunas de bojes y arrayanes y circuidos de altísimos cipreses.

Á la izquierda arranca, al pie de la entrada, una hermosa, interminable y bien enlosada calle, orillada de copudos y altísimos árboles de variadas clases, que siguiendo todo el lado meridional de la segunda cerca, da la vuelta por el poniente; rodeando el convento propiamente dicho, en casi tres cuartas partes hasta terminar en la puerta de los Nogales. Esta es la calle Machera ó de las caballerías, por donde entran las recuas de mulos del convento, y los caballos de los que, por asuntos ó curiosidad, iban á visitarlo. Separada de esta calle por una tapia, se halla la huerta con un hermoso estanque de abundantes aguas que recibe de las fuentes de los Castaños, Santa Teresa y del arroyo de las Eras, y más allá un hermoso jardín lleno de sombras y frescura, merced á los grandes y copudos árboles que le adornan.

La calle de los Castaños termina en la cerca interior ó segunda, al pie de la puerta de los Tejos, llamada así por dos hermosísimos que tiene á sus lados. Franqueada ésta, no menos asegurada con llaves y cerrojos que la primera, se pasa al interior del Cenobio propiamente dicho y donde empezaba, hasta para los hombres, la más rigurosa clausura; pues llegando á ella, el lego portero pedía las licencias que, de los Superiores y algunas veces hasta del General de la Orden, necesitaba tener el viajero para visitarlo, y mientras él las



Lienzo maravilloso de Ribera, "El Españoletto", representando á la Inmaculada Concepción
(Se halla en la iglesia de la Purísima, en Salamanca)

llevaba á presentar al Prior de las Batuecas (1) para que, si procedía, concediera la entrada y la hospitalidad, conducía al forastero á la Portería que está pégada á la cerca á mano izquierda, debajo de la Ropería, así como á la derecha se hallan las capillas de la Natividad de la Virgen y la de la Magdalena, orilladas unas y otras hasta la puerta de dos filas de robustos árboles.

La Portería, ordinaria habitación del lego hermano Portero, se componía de una salita, dormitorio con un pequeño y tosco altar de corcho, con no mejores imágenes, y de otra pieza mayor que, á guisa de los recibimientos de los actuales conventos, servía para recibir al viajero, tratar el P. Procurador los asuntos del convento con los de fuera y ver á sus padres y hermanos los frailes cuando rarísimas veces les eran permitidas estas visitas.

Esta pieza era una sala hemiesférica, con un techo de la misma forma á modo de una cúpula sumamente rebajada, cubierto todo de planchas de corcho tallado con caprichosos dibujos, semejando un rústico, pero delicado artesonado; y en la pared, equidistantes entre sí, cuatro nichos también de labrado corcho y en una tablilla clavada el siguiente precepto, aviso ó mandato:

“¡Silencio!

Esta es casa de silencio y cualquiera que venga á ella se acomodará á hacer lo que vea hacer á los demás y no traiga nuevas sin provecho.

¡Silencio!”

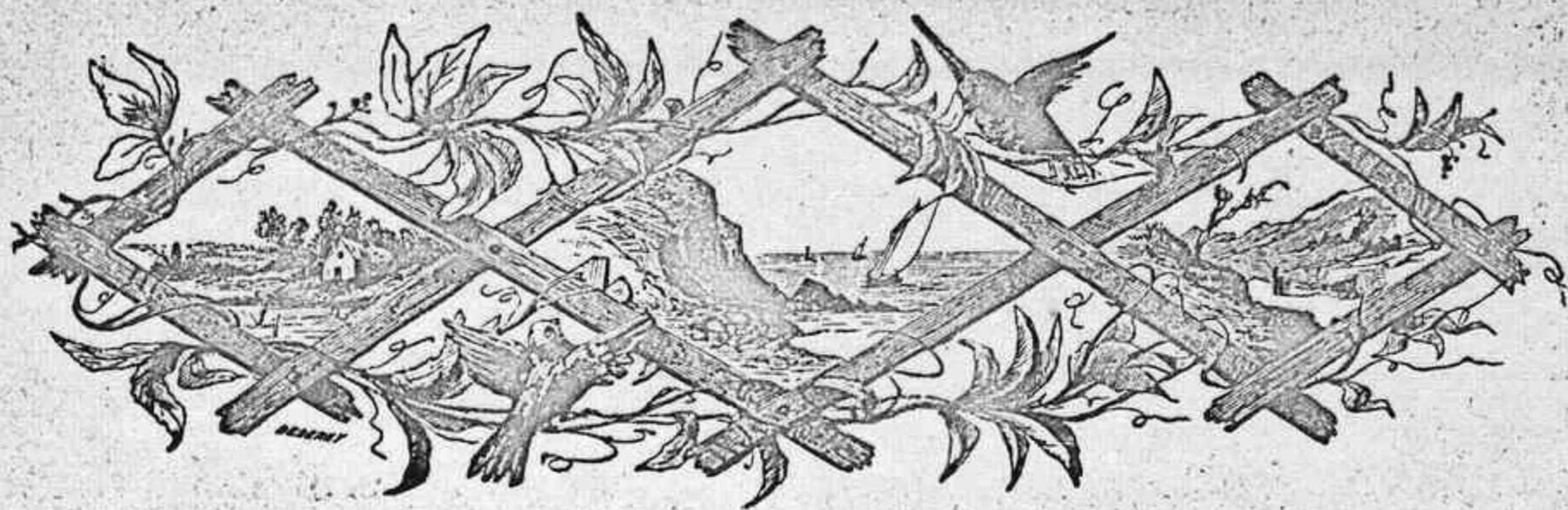
J. VAZQUEZ DE PARGA.

C. de la R. Academia de San Fernando.

(Continuará).

(1) Así lo mandaba y prevenía la Santa Instrucción de los Desiertos Carmelitas.





RECUERDOS DE MI VIDA



QUÉ grande es la protección de la Seráfica Santa Teresa de Jesús!

¿Se acordará la Santa bendita de sus devotos? Estas y otras palabras parecidas fueron las que yo soltaba un día en que el cielo cubano, cubierto de negros nubarrones, nos ponía hechos una sopa con aquel llover incessante. Habíamos acampado á unos quinientos pasos del mar, y cuando yo preparaba el pequeño rancho ó comida para los oficiales de mi regimiento, la lluvia torrencial que caía, pronto tuvo compañía para que no la diera miedo caer sola. Varios barcos norteamericanos se habían apostado junto á nuestro campamento y sus ametralladoras nos dirigían gruesos proyectiles. Yo pensaba en un momento último de mi vida cada vez que sentía el golpe formidable de cada uno de los cañonazos y el gemido de algún compañero, al caer gravemente herido, pero siempre con la confianza de volver algún día á esta querida España, confianza que yo tenía por tener en mi compañía el recuerdo de mi querida madre y el de aquella Virgen querida de Alba de Tormes, á la que de niño llamaba yo, allá en mi pueblo, la Santa de la pluma y cuya protección ha sido hasta esta fecha grandísima.

Levantamos campamento aquel mismo día, y no recuerdo si lo soñé ó me lo dijeron al amanecer del día siguiente, que la guerra estaba concluída; pude cerciorarme de la verdad y me faltó tiempo para ir á dar gracias á Dios y á mi patrona Santa Teresa.

Estábamos en Trinidad, de la provincia de Santa Clara;

su iglesia preciosa y de moderna construcción, fué la que me sirvió de oratorio para elevar al cielo mis preces.

Recuerdo que á la derecha de dicha iglesia y sobre un pequeño retablo antiguo, al parecer por sus adornos, estaba una imagen de mi santa querida; orgulloso me hallaba al ver que sólo parecía mirarme y decirme: "No te apures, que yo soy la que contigo viajo". Salí de aquel recinto silencioso, grabando en mi memoria aquellas palabras de no temas, y confiado que así sería.

Así transcurrieron algunos días hasta que llegó la hora de emprender el deseado viaje, que resultó feliz; llegué á mi pueblo, donde mis padres me estrecharon en sus brazos y con ellos compartí todas las alegrías que se experimentan en dichos casos; pero me faltaba otra cosa, la cual debía cumplir enseguida. Era ésta visitar á mi Santa y así lo hice.

El día estaba apacible y sereno, las brisas del cristalino Tormes convidaban á viajar por sus cercanías; eran las diez de la mañana cuando yo entraba en aquel monasterio, que más tarde ha sido el templo de mis alegrías; mi corazón estaba lleno de gozo, mi fin fué visitar todo lo más notable, y postrado de rodillas ante el sepulcro de la Mística Doctora, le ofrecía todas mis oraciones y la pedía como siempre protección.

Yo no sé lo que fué aquella visita para mí. Desde aquel día Alba resonaba en mis oídos como nunca, grata, el recuerdo de aquella santa, su adorado sepulcro y demás reliquias, me convidaban á volverme allí pero para más tiempo.

Un día que regresaba yo á mi casa del trabajo, tuve una noticia tan agradable para mí como llovida del cielo; un señor de Alba, á quien yo conocía, deseaba llevarme á su casa á servir; gozoso de ello, puse en prueba el viaje y enseguida lo efectué.

Yo ya contento y unido á mi Santa, no deseaba más que salud. Así transcurrieron cinco años, durante los cuales había yo efectuado mi boda y ya era padre de dos niñas. Los azares de la vida hicieron que tuviera que abandonar el servicio en la Fonda Teresiana por las cortas ganancias que ya se iban en ella notando.

Pensando tener que abandonar el rincón deseado, muchas noches no dormía; los recursos en mi casa eran escasos y yo procuraba hacer que éstos no faltaran, unas veces pintando,

otras haciendo algunos delicados objetos de hueso, pensando en que ya llegarían mejores días.

Transcurría el año 1906. Un día, no sé cómo, llegó á mis manos un trozo de no sé qué periódico donde en algunos renglones leí un anuncio, en el cual el Gobierno de su Majestad daba 1.000 pesetas á las comparsas de bailadores que con motivo de las bodas reales fueran admitidas.

Confiado de que, si ponía en prueba el proyecto, pudiera sacar á flote algo de negocio, me decidí á empezar á trabajar el asunto; y por recomendaciones del hijo adoptivo de Salamanca, Sr. Conde de Romanones, y la protección de Santa Teresa, fuí designado por el Ayuntamiento á pasar á Madrid con un grupo de bailadores y danzarines, compuesto de diecinueve personas. Dice el adagio que no hay "miel sin hiel", y así fué.

El mismo día de la boda de Su Majestad salíamos de la villa de Alba para la Corte, llevando como defensa y protección la medalla de la hermosa Virgen castellana sujeta y pendiente de un lazo con los colores nacionales; el viaje fué feliz, pero la llegada á Madrid fué triste; cuando recuerdo los apuros de aquella noche, parece que una fuerte muralla se me viene encima; con el funesto desastre de la bomba nadie nos hacía caso. Abandonados por aquellas calles, yo sólo imploraba auxilio á la que, como protectora, llevábamos con nosotros, y la que también nos protegía.

Los días que pasamos en Madrid fueron felices, rozándonos con personajes grandes, y mucha más felicidad notamos el día que S. A. la Infanta D.^{na} Paz nos presentó á los Reyes de España y demás Príncipes extranjeros en el hermoso palacio de su hermana la Infanta Isabel.

Mucho de notable pasó allí entre los individuos que llevaba á mi cargo, pero sería muy pesada su narración si hubiera de explicarlo.

Regresé de Madrid, hice las cuentas, quedándome algunas pesetillas para poder ir adelante.

En este medio tiempo me mandaron la licencia absoluta, y yo, contento con la misma, solicité, por las vacantes de la *Gaceta*, un puesto que, gracias á mis buenos comportamientos en el servicio, se me fué concedido.

Ya estaba preparado para llevar á cabo mi viaje, pero la Santa bendita no estaba dispuesta á dejarme partir de su tierra.

Me levanté una mañana con objeto de hacer mi despedida, y al volver me encontré á mi esposa en cama con fuertes dolores, creí sería cosa de poco y seguí mi plan de viaje. Pasáronse cuatro, cinco y seis días y mi esposa no mejoraba; consulté con los médicos y me dieron la fatal noticia que era la enfermedad larga.

Pensando lo que había de hacer, el deber de esposo y buen padre me gritó que desistiera del viaje: mi esposa enferma, enferma mi pequeña niña, mi casa sin recursos y yo sin trabajo; era mi situación demasiado grave, no sabía qué hacer.

Mil veces visité á la Santa protectora, y ya un día llegó á oídos de las Madres Carmelitas lo que me pasaba; fuí llamado á trabajar dentro del convento algunos días, durante los cuales gané las simpatías de las monjas, las cuales me proporcionaban todos los días la comida para mi pobre enferma, y de esta forma yo ya veía que la Santa iba oyendo mis súplicas, pero el tiempo pasaba, la enfermedad seguía y los cuartos se dilataban ó consumían como por la electricidad.

Pensando siempre el modo de proporcionar un pedazo de pan, me sentí hasta escritor (dispensen el título), y me lancé con mi ruín pluma y algunas cuartillas de papel á buscar datos para escribir una mal dictada y pequeña Guía de esta villa, la cual me dió buen resultado: pues vendidas unas, y regaladas las más á los amigos y personas conocidas, me proporcioné pan para otro poco de tiempo. Acompañaba viajantes conocidos y señores viajeros que llegaban á Alba con el vivo deseo de visitar las sagradas reliquias; había, en una palabra, puesto en proyecto todo lo que decir se puede para ganar de comer, pero ya todo se acababa.

Llegó un día, que principios tuvo de triste, pero sus postreras horas fueron felices. Ya había yo contado con los médicos para que mi pobre enferma fuera llevada al hospital por carecer de recursos, sin los cuales, y en tan larga enfermedad, era la vida irresistible. ¡Cuántas lágrimas derramaron mis ojos pensando aquella escena! Todo el día pensándolo, por la tarde, después de hacer mi visita al convento, fuí á la estación con el coche del parador en busca de viajeros, y cuál sería mi sorpresa al ver descender de un carruaje al mismo Administrador de S. A. la Infanta Paz, aquel que en varias ocasiones supo acompañar á los hijos de esta bendita tierra en todo lo que les hacía falta. D. José Durán, que así se llama, era acompañado por el maestro de obras, que existe

en la actualidad en la Basílica en construcción, los cuales llegaban con el objeto de dar principio á los trabajos. Mi saludo para ellos fué una prueba de pobre cariño y de semblante triste, el suyo para mí fué una alegría tan grande, que dudé sería un sueño. Tomaron el coche, y durante el camino yo pensaba y veía ya casi mi pan seguro. Así fué, á las ocho de la noche ya sabía mi persona donde iba á ganar el jornal, para que mi esposa no fuera al santo hospital y mis hijas tuvieran pan que comer. ¿Sabéis dónde fuí á trabajar? Al mismo sitio donde hoy me hallo, dentro de esos muros que se levantan á orillas del cristalino Tormes, conocidos con el nombre de Basílica Teresiana, donde, con gran alegría, muchas veces he levantado la vista al cielo pensando que la Santa castellana me grita:

Nada te turbe,
Nada te espante;
Todo se pasa;
Dios no se muda;
La paciencia todo lo alcanza.
Y quien á Dios tiene nada le falta.

Y yo pensando que esto es verdad, grito en el mismo tono:

Viva mi tierra,
¡Viva mi Santa!
Y vivan todas las almas
nobles como la Infanta
doña Paz de Borbón
Baviera y España.

FIDEL CRIADO,

Obrero de la Basílica.





ANTE EL PESEBRE

Pronto empiezas, prenda mía,
pronto empiezas á llorar.
No podrá decir el día,
que vió al sol de la alegría
sin la nube del pesar.

¡Llorando... y Dios!... Me confundo
en este abismo sin suelo.

Ante arcano tan profundo
¿qué dirá, si lo oye, el mundo?
¿qué dirá, si lo ve, el cielo?

No llores, mi bien, no llores;
calma tu angustia, hijo mío;
que al rumor de tus dolores
van á arrecirse las flores
y á ensangrentarse el rocío.

Que va á despertar del sueño
la indolente creación;
y al verte así tan pequeño
no te va á querer por dueño
ni á prestarte adoración.

Que asombrado y sin la gala,
de que le viste tu gozo,
va el arcángel en su escala
á encoger temblando el ala
al eco de tu sollozo.

Cautivo de un dulce lazo
sin la miel del embeleso,
¿qué buscas, qué, con tu brazo?
¿Mi seno? Ten un abrazo.
¿Mi mejilla? Toma un beso.

Está helando... ¡qué amargura!
Está nevando... ¡qué fiebre!
¡Que pueda una vil criatura
insultar á Dios segura
porque le ve en un pesebre!

¡Pobre Jesús! Habla... dime...
¿cómo á tan honda humildad,
que ya hasta el mundo se exime
de humillarse ante quien gime
sin visos de majestad?

Sol mío, en tu puro encanto
no hallan ya néctar las brisas.
¿Por qué, por qué, niño santo,
quieres tú pagar en llanto
lo que el hombre debe en risas?

¿Por qué, cuando el rico goza
en la embriaguez del festín,
recostado en torpe broza
vienes tú á hacerte en la choza
el glorioso camarín?

Tirita, José... ¿lo ves?
y quiere hacer pucheritos.
¡Ay! mira... mira lo que es:
tiene heladitos los pies
y los labios heladitos.

La lágrima que destila
la cuaja el cierzo al mecerla;
y parece cuando oscila
un anillo la pupila
y la lágrima su perla.

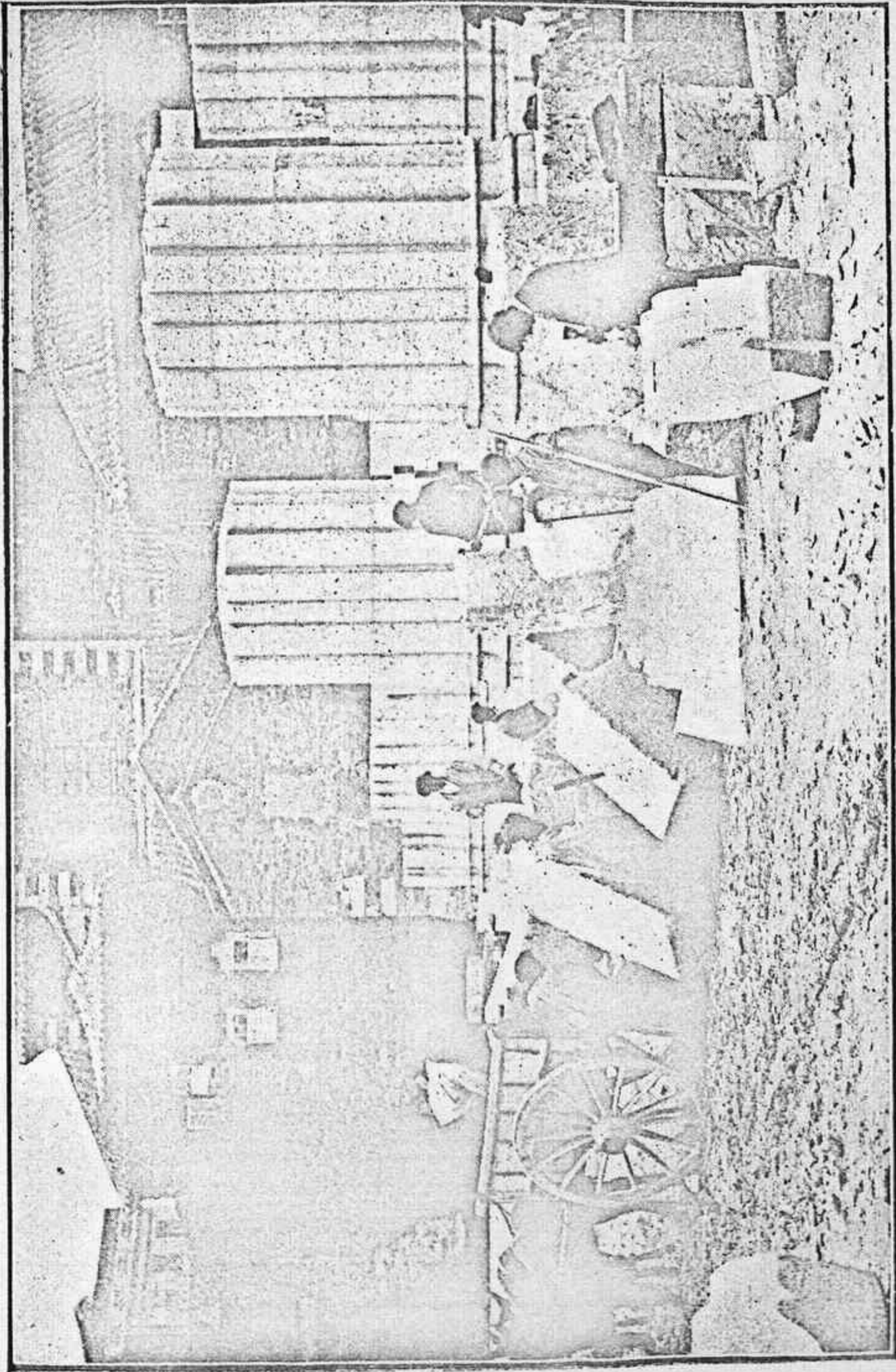
Por tí, fiero pecador,
por tí esas lágrimas gimen.
Ven y verás con qué ardor
palpita el volcán de amor
sobre la nieve del crimen.

Baja un poco de ese estrado
donde te eleva la audacia;
y verás con cuánto agrado
sobre el cieno del pecado
brota la flor de la gracia.

¡Calla! ó la ilusión me engaña
ó ya se duerme mi vida.
Mira en qué actitud extraña
se ha quedado en su pestaña
una lágrima prendida.

¡Ah! que ningún mal le asombre.
Veamos junto á él los dos
en esta noche sin nombre,
¡noche buena para el hombre!
¡noche mala para Dios!

ANDRÉS ALONSO POLO.



Las obras de la Basílica.—Los obreros labrando piedra.



DE RE BIBLIOGRAPHICA

“CANTANDO Y LLORANDO,”



UESTRO querido amigo y redactor de LA BASÍLICA TERESIANA, Andrés Alonso Polo, acaba de dar á luz pública un tomo de poesías, que ha titulado *Cantando y llorando*. Si el que estas líneas escribe dejara correr la pluma al impulso de las gratas impresiones que las bellas páginas del inspirado vate salmantino han llevado á su espíritu, á buen seguro que irían brotando sin sentir, sin sudores, ni quebrantos, espontánea y dulcemente ideas y conceptos, pobres y desaliñados, como hijos de menguado ingenio, pero que tal vez lograrán reflejar algo de lo mucho bueno que anida en el alma soñadora, rectilínea, generosa y sin dobleces del poeta amigo; pero acontece que ni la crítica encaja en el seno de la familia, ni suenan bien á los oídos extraños los elogios, por merecidos y justos que sean, cuando brotan de los labios ó de la pluma de persona, que admira y quiere como yo admiro y quiero á Alonso Polo. Mejor será, para evitar estos escollos, amén de que en ello van ganando mucho y bueno los lectores de LA BASÍLICA, dejar á la áurea pluma del P. Campaña, maestro en el decir galano y elegante, que nos diga lo que son las poesías de Andrés Alonso Polo.

“PRÓLOGO

Gracias á Dios que cae en mis manos un libro, cuyo prólogo se hace solo, si es que por ventura lo necesita; porque esto de prologar las obras de autores noveles es hazaña que

me eriza el cabello á mí, que al pan llamo pan y al vino no lo bautizo con ningún sobrenombre. Que suelen ser los tales autores en la mayor parte de las veces copleros doctorados de poetas por sus deudos y amigos ignorantes, niños precoces, asombro de sus conterráneos, y cuyo entendimiento se agosta para siempre después de los pujos de su primer aborto ó fantasmagorías de un neurótico adinerado que se empeña en ver impresos en forma de libro los descabellados pensamientos, que jamás pudieron tener cabida en las columnas de un periódico serio.

Y díganme si no hay que sudar y trasudar ante la composición de semejante prólogo, cuando el compromiso es ineludible y se tiene amor á la verdad, y respeto á las letras y consideración á los leyentes.

Pero cuando el libro que se ha de prologar es obra como la que ahora tengo en mis manos, entonces el desabrimiento se trüeca en buen humor, y la pereza de escribir se convierte en anhelo, y el sudor de reo que llevan á la horca en alegría que llena nuestra alma y todos los distritos de nuestro cuerpo.

¿Quién no tiene á honra y se siente gozoso en poder presentar á la república literaria, que es república de sabios, un poeta de cuerpo entero, que no es amigo de la forma sola y exclusiva, mientras andan dementados los pensamientos, ni modernistas sin alma y sin corazón, ni seco imitador de las liras de Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, ni engañado amigo del ruido quintanesco, ni romántico melenudo que da tres y raya á Espronceda y á Zorrilla, ni melancólico á lo Becquer, ni filosóficamente descreído con Campoamor, pero en cuya arpa suenan harmónicamente clásicos arpegios de los siglos áureos, crujir de espadas y gotear de lágrimas, lamentos *adolorados* y rotunda harmonía que lleva en sus entrañas, no dudas ni desesperaciones, sino consuelos de la fe cristiana y piedad suave y misericordiosa?

Y si á esto se agrega que el poeta presentado es sacerdote, como Calderón y como tantos otros genios, teólogo como aquél, y acostumbrado á mirar los horizontes de la vida desde las montañas de la Ciencia de Dios, que son las que tienen la frente más levantada y desde donde se ven los paisajes más espléndidos, y puestos á los pies los mares que se sublevan, los vientos que zumban, las nubes impalpables y

tormentosas, y los hombres pequeños y engreídos.... entonces se hinche el corazón de una alegría inefable, el llanto de la consolación asoma á los ojos y los labios se abren para exclamar: ¡aún hay fe en Dios! ¡Aún hay cristianismo! ¡Aún hay poetas!

Cuando murió Gabriel y Galán, aquel poeta místico de los campos, porque ellos le enseñaron á vivir enamorado de Dios y cantó su muerte nuestro poeta con dejos tristes y delicadas añoranzas de la poesía *Gabrielana*, pensé yo que Andrés Alonso Polo, que éste es el nombre glorioso de nuestro vate, se alzaba entre la multitud para heredar el arpa peregrina de Galán, como Eliseo el manto de Elías, cuando fué arrebatado de este destierro en flamígero carro. Por eso cuando han caído en mis manos las galeradas de este su libro, las he devorado por ver si no iban equivocados mis pensamientos. Alguna estela he visto del rumbo de aquella nave *galana* y de brioso andar en las composiciones que llevan por título *Solitario*, *Primavera* y en *El Zurguén*. Mucho hay allí de la filosofía campesina y sana del llorado poeta salmantino, mucho de su amor á los dulces y tristes *atardeceres* en la muda soledad de los dilatados campos castellanos, pero no veo en estas felices imitaciones la espontaneidad del genio, lo abundante de la vena, ni aun la opulencia del léxico y armonía constructiva, ni la originalidad de pensamiento que advierto en los hermosos y sentidos versos sáficos de la poesía que lleva por título *Santa y Artista*, ni en aquella otra gitana y de piadosas honduras que se llama *El mejor sino*, ni en aquellas endechas reales formadas con lágrimas y gritos de una madre que ve partir á un hijo para la guerra, y que se nombra *El amor ó el dolor*, ni en aquel romance patriótico en que llora con sentimiento de rey y con formas peregrinas *La majestad caída* de la patria, ni en aquel *Insomnio* providencial, en que las heces amargas del placer convierten un alma á Dios, ni en aquel *Vacío de un ángel*, más triste que todo otro vacío, puesto que no se puede llenar con cariños de la tierra.

En resumen, que Andrés Alonso Polo sigue las huellas gloriosas de Galán, cuando le arrastran los recuerdos cariñosos de tan genial poeta; pero no son esos los senderos de su imaginación. Alonso Polo es original, y tiene cada vez más marcada personalidad literaria, aunque no se ha determinado aún su derrotero.

Comenzó en el Seminario eclesiástico de Salamanca con el ensayo de un drama, en el que se advierte ya que no experiencias de la vida, ni del teatro, porque el autor era seminarista y frisaría entonces en los veinte años, adivinaciones de los secretos del mundo y de los manejos nefandos de la impiedad, enemiga de la Iglesia, estilo que se comienza á formar, riqueza de palabra, que aún derrocha y aumenta, y entendimiento para planear y prevenir el desenlace del drama. Siguió después formándose con aquellos briosos cantos épicos, hechos con arranques juveniles y con gritos de amor á la patria independiente, que ojalá siempre le vivan en el corazón, y que llevan por título *Ciudad-Rodrigo*, *Arapiles* y *Bailén*, premiados en públicos torneos literarios, y aparece ahora en su nuevo libro *Cantando y llorando* vestido con galas propias de inspiración y de lenguaje, no como un vate bisoño, que hace sus primeras armas, sino como un poeta hecho y derecho, como un trovador de estos siglos, encanto de plebeyos y señores, que no hay pena que no sienta, ni tristeza de la patria que no llore, ni vicio que no fustigue, ni virtud que no alabe, ni heroísmo que no cante, ni hogar cristiano que no llene de flores y de consejos, ni villanía que no condene, ni traición que no maldiga.

¿Es Alonso Polo el sucesor de Galán en el principado de la gaya ciencia en tierras de Castilla?

Sucesor fué Garcilaso de Jorge Manrique, caminando por distintos senderos, pues uno cantó con hondo sentir la filosofía de la vida en presencia de la muerte; y el otro

El dulce lamentar de dos pastores,

.....

Cuyas ovejas, al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores
De pacer olvidadas, escuchando.

Sucesor fué de los poetas bucólicos el *divino* Fernando de Herrera, que bebió su inspiración robusta en el nunca agotado manantial de las Sagradas Letras, ya que Garcilaso y Balbuena se inspiraron en Teócrito y Virgilio. Pasó el cetro de la poesía española de mano en mano por genios de diferente índole, como pasa la corona del reino no hereditario de las sienes de un rey guerrero y conquistador á la cabeza de un

rey prudente y amigo de la paz, como pasa el cetro de la Pintura de Zeuxís á Apeles, y de Velázquez á Murillo. Bien puede Alonso Polo ser el ilustre sucesor de Gabriel y Galán, aunque no vaya por sus caminos, ni pise sobre su huella.

Nosotros creemos sinceramente que será digno de tal monarquía, cuando los asuntos de sus canciones dejen de ser tan prolíficos y tome rumbo cierto y determinado, porque creemos que tiene alas de águila para cernerse en las alturas y caer, como el rayo, sobre su presa; y que le sobran plumas para mariposa y para andarse revolando tímidamente de flor en flor.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA,
De las Escuelas Pías.

Madrid, 28 de Septiembre de 1907.,.

* * *

La meritísima *Biblioteca "Patria"*, fiel á su propósito de dar á conocer, revelándolos al público, escritores de positivos méritos literarios, ya por medio de certámenes, ya fuera de concurso, acaba de publicar una novela interesante *¿Sin remedio?...* y que acusa en la autora, la señorita Micaela Peñaranda y Lima, grandes talentos y una admirable delicadeza de pluma.

Fértil de imaginación, hábil en la composición artística, la autora de *¿Sin remedio?...* ha acoplado en las páginas de su novela muy felices rasgos de observación, trazos magníficos en el diseño de tipos, abundancia de emoción que pregonan muy alto las exaltaciones de un corazón de mujer, y sobre todo una plácida y pintoresca visión de la vida que se desliza, sin trágicas turbulencias, por el cauce de la bella forma artística.

La sencillez de la fábula en *¿Sin remedio?...* es su mayor encanto. No ahoga con vanas pompas descriptivas, en muchos escritores largas y enojosas, el curso sereno, movido, de la corriente de vida que en la obra alumbra y por ella circula. Hay un ambiente de paz espiritual que conforta, sin exacerbar, siquiera un momento, con impresiones violentas, ni la calma de los nervios, ni los gratos reposos del alma.

¿Sin remedio?... es una novela que da á conocer un nuevo escritor de cuerpo entero, seguro de conquistar nombre en las letras españolas.



Plausible acuerdo. — El ilustre Ayuntamiento de Alba de Tormes, digno representante de los intereses comunales de la célebre villa ducal, se desvive, en la medida de sus fuerzas, por contribuir de una manera eficaz, intensa y entusiasta á las obras que redunden en próde la villa y honor de su excelsa patrona Santa Teresa de Jesús.

Los acontecimientos sobremanera faustos que se van sucediendo en Alba, desde que se puso la primera piedra de la gran Basílica, son al par una cadena de testimonios que hablan muy alto á favor de la hidalguía, la esplendidez y la gratitud ferviente de sus munícipes.

En otras ocasiones hemos dado cuenta de rasgos generosos que han de quedar perpetuados en la memoria histórica de LA BASÍLICA TERESIANA.

Hoy nos toca referir otro no menos importante que acaba de brotar de acuerdo unánime del agradecido Municipio.

Sabedor del interés cariñoso y magnánimo con que la Excma. Sra. Marquesa de Squilache mira y protege la Basílica y del celo ardentísimo que despliega en la organización teresiana, de que es vicepresidenta, ha determinado y ya es acuerdo firme tomado por aclamación, declararla hija adoptiva y predilecta de Alba de Tormes.

Esta resolución, que patentiza en los ánimos de los piadosos moradores de Alba una intensidad de afecto singular hacia la egregia dama festejada, ha conmovido indudablemente su corazón; y toda llena de agradecimiento ha escrito al Alcalde Sr. Laporta, estimando en su alto valor la deferencia de que se la hace objeto en una población que, no lo dudamos, es también distinguida por ella con especial predilección. Obligados quedan mutuamente; y de esa reciprocidad de gratitudes ha de surgir algo que se traduzca en mayor impulso de la magna empresa en que todos tenemos cifrado el ideal de nuestras esperanzas teresianas.

* * *

Para el culto de las capillas. — Con objeto de que pueda celebrarse el santo sacrificio de la misa en las dos capillas recién inauguradas, se acaban de colocar puertas á su entrada que combinen fácilmente la devoción del culto y el tráfago de las obras. Las llaves se han depositado en manos de las autoridades eclesiásticas de Alba. Con esto podrá complacerse el deseo de muchos devotos que tienen gusto en ver ya tributar homenajes de veneración á la Santa de su cariño.

* * *

El fotógrafo de la Real Casa. — Nuestro distinguido amigo el Sr. Franzen, fotógrafo de la Real Casa y de reputación universal en su arte, está llevando á cabo una serie de trabajos reproductores de hechos, recuerdos y reliquias de Santa Teresa, que son el asombro de perfección para quienes los contemplan. Quien conozca por otros conductos, como las revistas ilustradas, la meritísima labor del señor Franzen, no hallará en esta nueva traza otra cosa que su propia identificación: el artista de cuerpo entero.

Los lectores de LA BASÍLICA irán gradualmente admirando los primores de su inteligencia y de su mano. Entretanto, cúmplenos felicitarle y felicitarnos: á él por su triunfo, á nosotros por nuestra honra.

DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASÍLICA EN ALBA DE TORMES

	<i>Pesetas Cént.</i>	
Entregado por el R. P. Prior de Carmelitas de Salamanca, por D. ^a Victoria Iglesias, de Plasencia, por coros.....	54	25
Del Sr. Cura párroco de Quejigal, por limosnas recogidas en su parroquia.....	14	»
Entregado por el Sr. Arcipreste de Bilbao, D. Isidoro de Monte- alegre.....	500	»
Entregado por el Sr. Cura párroco de Alba de Tormes, de doña Angela Martín.....	5	»
Del Ilmo Sr. Obispo de Lérida.....	90	»

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de Manuel P. Criado.